

«CUANDO LA PATRIA PELIGRA DESAPARECEN LOS PARTIDOS»
EL CARLISMO ANTE LAS CRISIS DE ULTRAMAR

«CUANDO LA PATRIA PELIGRA DESAPARECEN LOS PARTIDOS»

EL CARLISMO ANTE LAS CRISIS DE ULTRAMAR

Edición a cargo de
Víctor Javier Ibáñez Mancebo

FUNDACIÓN IGNACIO LARRAMENDI
EDICIONES DOCE CALLES

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Imagen de cubierta: fotografía «*Carlistas en Cuba, hacia 1890*». Establecimiento fotográfico S. Suárez, entre calle Muralla y Teniente Rey, La Habana vieja. Propiedad de Carlos García de Polavieja.

Imagen de la contraportada: peseta de plata acuñada en Berga durante la primera guerra carlista, con la inscripción *Carolus V, Dei G(ratia), Hisp(aniarum) et Ind(iarum) Rex*. MOYA, Fausto Antonio, *Breve Tratado de la Moneda Carlista*, La Almunia de Doña Godina, 1992.

Edición de: Víctor Javier Ibáñez Mancebo

© De cada texto: su autor

© De la presente edición: Fundación Ignacio Larramendi
C/ Duque de Medinaceli 12, 1º izq.
28014 Madrid (España)
Tel.: (+34) 914 32 10 42
www.larramendi.es

Ediciones Doce Calles, S.L.
Apdo. de Correos, 270
28300 Aranjuez (Madrid)
www.docecalles.com

ISBN (Fundación Ignacio Larramendi): 978-84-09-77910-9
ISBN (Doce Calles): 978-84-9744-524-5
Depósito legal: M-22589-2025

Impreso en España

*A Luis Hernando de Larramendi,
hispanista y americanista de vocación*

*Pero se trata de la integridad de la Patria,
y todos sus hijos deben defenderla: que
cuando la Patria peligra desaparecen los
partidos: sólo quedan españoles.*

Carta de Carlos VII a su primo don Alfonso.
Durango, 9 de noviembre de 1875.

SUMARIO

Agradecimientos.....	17
Abreviaturas.....	19
Prólogo.....	21
Introducción.....	27
Las reformas borbónicas en las Indias y la propuesta tradicionalista.....	29
Patriotismo y militarismo.....	31
Paternalismo metropolitano, mística imperial y reacción viril.....	33
La historiografía ante el carlismo y la cuestión colonial.....	36
La prensa carlista, elemento agitador de la cuestión colonial.....	38
Capítulo I. De la monarquía universal a la nación con colonias.....	43
1. Un Infante de una Monarquía en transformación.....	43
2. El vacío de poder en la Monarquía y las secesiones americanas.....	46
2.1. Los realistas ante la cuestión ultramarina.....	47
3. La política indiana de la primera restauración fernandina.....	49
4. Don Carlos María Isidro al frente de la Junta Militar de Indias.....	53
5. Doña Carlota y la dimensión americana de los enlaces reales.....	55
6. El Consejo de Estado y los virreinos.....	57
6.1. La cuestión del tráfico negrero.....	58
6.2. Política y fuerza para la pacificación de América.....	59
7. La segunda restauración.....	62
7.1. La quiebra del principio de legitimidad en el orden internacional.....	62
7.2. La larga sombra de los <i>ayacuchos</i>	63
7.3. Cuba en el Consejo de Estado.....	66
7.4. Contra la preconización de obispos por las nuevas repúblicas.....	68
8. Perseverancia en la incierta reconquista.....	69

Capítulo II. Carlos V, Rey de España e Indias	75
1. Las secesiones americanas en los albores del carlismo	75
1.1. Desarrollismo y esclavitud en el fortín isabelino de las Antillas	78
1.2. Antillanos y americanos enfrentados en la primera guerra carlista	85
2. Conscripción y conspiraciones en el Caribe	91
2.1. La deportación como medida <i>humanizadora</i> de las represalias	91
2.2. Los deportados carlistas en la estrategia del capitán general de Cuba	95
2.3. Levantamientos y fugas de deportados	97
2.4. El incierto destino una vez cumplida la condena	99
2.5. Convenidos en Vergara y destinados a Ultramar	102
3. Cuestión sucesoria y política colonial en la crisis de Santiago de Cuba de 1836	105
3.1. La obstinación anticarlista de Manuel Lorenzo en Santiago de Cuba	106
3.2. La proclamación de la Constitución de 1812 en Santiago de Cuba	108
3.3. Lorenzo en el centro de una conspiración carlista	110
3.4. La rehabilitación de Lorenzo combatiendo al carlismo	112
3.5. Fray Cirilo de Alameda, entre el celo apostólico y acción política	113
3.6. Tacón acusado de carlista	117
4. Unas colonias para financiar una guerra	120
4.1. Las Antillas como garantía crediticia	120
4.2. El subsidio extraordinario de guerra y la desamortización	123
4.3. ¿Recursos antillanos para el carlismo?	125
4.4. La venta de Cuba, Puerto Rico y Filipinas como solución desesperada	129
5. Frailes y carlismo en el archipiélago magallánico	131
5.1. «Antes morir que entregar el territorio nacional». Proposición sobre una factoría holandesa	138
Capítulo III. Amenaza anexionista y panhispanismo	141
1. La primera propuesta anexionista sobre Cuba	141
2. Vidas paralelas: el filibusterismo del <i>anticarlista</i> López y del <i>carlista</i> Henningsen	142
3. Ultramar en el reinado de Carlos VI	149
3.1. Montemolinistas a los ejércitos antillanos	149
3.2. La propuesta anexionista del embajador Soulé	155
4. El interregno de don Juan	157
4.1. La corona de México para un monarca de la rama carlista	158
4.1.1. El carlismo y la expedición sobre México	161
4.2. Ante la reunificación con Santo Domingo	165
4.3. La guerra del Pacífico desde el carlismo: navalismo y mito de Méndez Núñez	171

Capítulo IV. Entre la insurrección en Cuba y la Tercera Guerra carlista	177
1. 1868, año de vicisitudes peninsulares y antillanas.....	177
2. Las Antillas españolas en los primeros documentos regios de Carlos VII.....	180
2.1. Unas autoridades militares fuertes para conservar las Antillas.....	180
2.1.1. El nombramiento de Lersundi.....	180
2.1.2. Pavía, un antiguo oficial carlista en Puerto Rico.....	183
2.2. El nombramiento de Aldama y las controversias posteriores.....	185
3. La prensa carlista ante la insurrección secesionista.....	191
3.1. La prensa integrista cubana en los rotativos carlistas. El asesinato de Gonzalo Castañón.....	196
3.2. La cuestión de Ultramar en los opúsculos carlistas.....	199
3.3. «Por nuestra Patria de aquende y allende el Atlántico». La vocación ultramarina de la revista Altar y Trono.....	202
4. Los parlamentarios carlistas frente a la insurrección.....	210
4.1. El sustrato antillano en los diputados carlistas de 1869.....	210
4.2. «Ante la bandera de la Patria cesan todas las diferencias». La legislatura de 1871.....	213
4.3. El Obispo (carlista) de La Habana y la defensa de la autonomía de su episcopado.....	215
5. El carlismo, aliento de la campaña contra el capitán general Dulce.....	219
6. Los conatos de alzamiento carlista en 1869 y la insurrección cubana.....	223
6.1. Los deportados a Ultramar de 1869.....	225
6.2. Las acusaciones de pacto entre carlistas e insurrectos cubanos.....	227
7. ¿Una teocracia carlista en Filipinas?.....	231
Capítulo V. Ni reformas liberales ni abolicionismo revolucionario	239
1. La libertad liberal, amparo de la insurrección.....	239
1.1. La libertad de cultos en las colonias, prioridad revolucionaria.....	242
1.2. Las reformas y la crisis de gobierno.....	244
1.3. «Piérdanse las colonias, pero sálvense los cimbríos».....	247
2. El carlismo y el <i>partido español</i> de las Antillas.....	250
2.1. Con la vanguardia españolista de Cuba: el Cuerpo de Voluntarios.....	255
2.2. Victoria militar frente a reformas. La exaltación carlista del Ejército.....	258
3. La venta o cesión de Cuba.....	262
3.1. La polémica en la prensa sobre la venta.....	266
4. Dolor y vergüenza por la esclavitud.....	272
4.1. Católicos, tradicionalistas y proteccionistas frente a protestantes, masones y librecambistas.....	275
4.2. Libertad sin perjuicio a los propietarios. Las enmiendas parciales de Ortiz de Zárate a la ley Moret.....	278
5. El carlismo en los círculos Hispano-Ultramarinos.....	284
5.1. Hacer la guerra y combatir las reformas: la Liga Nacional.....	285

5.2. Carlistas en la Junta de la Liga Nacional.....	298
5.3. La aprobación final de las reformas.....	300
Capítulo VI. El triunfo de Carlos VII, esperanza para las colonias.....	303
1. Una consigna de guerra: sólo don Carlos salvará Cuba.....	303
2. El apoyo al carlismo desde Cuba.....	313
2.1. La trama de Díaz de Quijano y los hacendados de Cuba.....	316
3. ¿ <i>Casus belli</i> con Estados Unidos en plena guerra carlista? El asunto del Virginus.....	321
3.1. Guerra en la Península y alerta antifilibustera.....	323
3.2. Guerra y apoyo al gobierno republicano.....	328
3.3. Los cargos contra Estados Unidos y la llamada a la tregua carlista.....	332
3.4. Ecos finales de la crisis.....	335
4. Los carlistas, el Imperio alemán y la cesión de Puerto Rico.....	336
5. Los frentes conexos de Cuba y la guerra carlista.....	340
5.1. La guerra carlista y la necesidad de tropas en Ultramar.....	344
6. Las campañas de Ultramar, decantadoras de la lealtad a don Carlos.....	347
6.1. Oficiales en Ultramar antes de la guerra de 1868.....	348
6.2. Del Ejército de Cuba al Ejército carlista.....	356
7. La conscripción en Cuba.....	367
7.1. González de Granda y los deportados de 1869.....	368
7.2. Las condenas a Cuba en el inicio de la guerra carlista.....	370
7.3. Propaganda y redes contra la conscripción.....	375
7.4. Una gestión del Centro Hispano-Ultramarino para los prisioneros carlistas.....	379
7.5. El regreso de los deportados en 1875.....	382
8. La propuesta de tregua a don Alfonso.....	384
8.1. El pronunciamiento de Sagunto, entre Cuba y la guerra carlista.....	384
8.2. La guerra de Cuba en la prensa carlista de guerra.....	385
8.3. Los discursos de Grant y la injerencia sobre Cuba.....	390
8.4. La recepción de la carta en la prensa liberal.....	392
8.5. La instancia salvadora de don Carlos, hasta el final de la guerra.....	396
Capítulo VII. De Valcarlos a las Carolinas.....	407
1. Cuba y la política de atracción alfonsina.....	407
1.1. Antiguos oficiales carlistas en la derrota de la insurrección cubana.....	410
2. El viaje a América de don Carlos.....	417
3. El Zanjón y las reformas.....	420
3.1. Eferescencia partidista en Cuba.....	422
3.2. El retraimiento electoral carlista.....	428
4. La crisis de las Carolinas.....	430

4.1. La atrabiliaria ocupación alemana.....	430
4.2. El carlismo en la vitriólica explosión antitudesca.....	433
4.2.1. <i>El Siglo Futuro</i> contra la instrumentalización conservadora.....	436
4.2.2. De la cautela a la cruzada contra los hulanos	439
4.2.3. De la protesta a la propuesta.....	444
4.2.4. <i>El Cabecilla</i> , trinchera de papel de los veteranos de la tercera guerra contra el káiser.....	450
4.3. Carlistas en el Pacífico español tras la crisis.....	462
5. <i>Laurac-Bat</i> y <i>La Honorata</i> , entre el carlismo vergonzante y el fuerismo liberal.....	463
Capítulo VIII. Cruzada belicista contra las insurrecciones separatistas.....	469
1. El carlismo a la contra del proyecto de reforma de Maura.....	469
1.1. La propuesta reformista de Abarzuza.....	473
1.2. Una contrarreforma carlista para Ultramar.....	476
2. El inicio de la guerra de Cuba.....	478
2.1. El seguimiento de la guerra en la prensa.....	479
2.1.1. La campaña de Martínez Campos.....	484
2.1.2. La muerte de Santocildes.....	490
2.1.3. La campaña de Weyler.....	491
2.2. El Senado estadounidense y la beligerancia cubana.....	495
2.3. La defensa de la tropa y los suboficiales.....	497
2.3.1. Los carlistas en la revista de tropas de Vitoria.....	500
2.3.2. La propuesta de los intereses del empréstito en favor de los soldados.....	503
2.4. Contra la masonería y el autonomismo.....	505
3. La conspiración del Katipunan en Filipinas.....	507
4. Propuestas parlamentarias de las minorías carlistas sobre las guerras de Ultramar.....	511
4.1. El pago preferente a los soldados.....	512
4.2. Declaraciones solemnes ante la crisis de gobierno.....	515
4.3. Alternativas en la movilización de tropas y oficiales a Ultramar.....	517
4.4. El navalismo en los discursos parlamentarios de Llorens	524
4.5. Recursos extraordinarios para la guerra.....	528
4.6. Las elecciones generales de 1896 en Cuba.....	529
4.7. La enmienda al mensaje de contestación al discurso de la Corona.....	530
4.8. Reiteración en la exigencia de haberes para los soldados	533
4.9. Las interpelaciones y proposiciones del habanero Zubizarreta.....	536
4.10. La cesión de islotes españoles a Japón y la necesaria alianza franco-rusa.....	538
4.11. El abandono de las Cortes por la minoría carlista.....	540
5. Carlos VII y la guerra separatista.....	542

6. Los soldados de Cuba y Filipinas en la festividad de los Mártires de la Tradición.....	549
Capítulo IX. Frente a la injerencia estadounidense: ¡Lepanto o Trafalgar!.....	557
1. McKinley y el camino a la intervención.....	557
1.1. Aranceles y providencialismo	560
1.2. Una respuesta estratégica: la solidaridad europea y la puntual simpatía con Japón.....	563
1.3. La latinidad y el apoyo de los legitimistas franceses.....	565
2. Las colonias en el palacio Loredan.....	568
2.1. La entrevista a don Carlos en el <i>Swiss and Nice Times</i>	572
3. La autonomía, concesión inaceptable a la insurrección.....	575
3.1. Fueros y autonomía cubana.....	579
3.2. La autonomía: liquidación de la obra de España en América y ruina del comercio.....	581
3.3. La protesta de la minoría carlista contra la autonomía.....	584
4. Carlistas en el Ejército de Cuba.....	587
4.1. Los soldados de Ultramar en los Mártires de la Tradición 1897.....	590
4.2. Los carlistas y el servicio militar obligatorio.....	592
5. El carlismo entre Polavieja y Weyler.....	595
5.1. El 97 polaviejista del carlismo.....	596
5.1.1. Cascajares y la unión dinástica	596
5.1.2. La influencia de Gonzalo de Reparaz en la prensa carlista.....	598
5.1.3. El carlismo en las recepciones a Polavieja	600
5.1.4. Contra un <i>Zanjón</i> filipino.....	603
5.2. El otoño weylerista de 1897.....	604
5.2.1. Una devoción de ida y vuelta.....	604
5.2.2. Entusiasmos mudables. De La Coruña a Madrid.....	606
6. El inicio de 1898: La protesta <i>carlista</i> de La Habana y el envío del Maine	611
6.1. Las elecciones de 1898.....	615
7. El carlismo en la agitación probélica.....	616
7.1. La carta de don Carlos a Mella de 2 de abril de 1898.....	620
7.2. La presión belicista en las calles.....	626
7.3. La declaración de guerra a Estados Unidos.....	630
7.4. Ofrecimiento de vida y hacienda contra los yankéés	633
7. Cavite y Santiago. De la «gran traición» al «desastre».....	638
8.1. El otro 98. Contra la indolencia y por la reparación del honor nacional.....	646
Capítulo X. El alzamiento carlista, la única respuesta varonil al desastre.....	671
1. Las crisis de Ultramar, combustible para la agitación carlista.....	671
2. La agitación carlista en 1897.....	678

2.1. ¿Impaciencia, maniobras gubernativas o jugadas de Bolsa?.....	678
2.2. El agitado marzo de 1897.....	681
2.3. Medidas de represión y agentes de provocación.....	686
3. Las partidas de 1898.....	690
3.1. Tras el desastre: el alzamiento que no fue.....	692
3.2. La atracción de oficiales y repatriados.....	696
3.3. Los dispersos planes de conspiración.....	700
3.4. Detenciones, clausura de Círculos y alijos de armas.....	704
4. 1899, la deslegitimación del parlamento.....	705
4.1. Los Mártires después del desastre.....	708
4.2. Nuevos alijos de armas y paseos militares contra la agitación.....	710
4.3. Una dilación desalentadora.....	711
4.4. Los ofrecimientos cubanos al levantamiento carlista.....	714
4.5. La protesta contra la venta de las Carolinas.....	718
4.6. La ratificación del tratado de París.....	719
5. 1900, hacia el estallido definitivo.....	723
5.1. Alijos y torturas en Guipúzcoa al inicio de año.....	723
5.2. La llamada a los repatriados en los Mártires de 1900.....	726
5.3. Dos misivas de don Carlos.....	727
5.4. Los díscolos de Cataluña.....	729
5.5. La octubre de 1900.....	731
6. Colofón: De bolsistas y traidores a la única respuesta varonil.....	733
Ignacio y Luis Hernando de Larramendi: una mirada puesta en América.....	741
<i>Juan Manuel Rodríguez González-Cordero</i>	
Fuentes consultadas.....	747
Archivos.....	747
Principales fuentes digitales.....	748
Fuentes hemerográficas, con indicación de los años de consulta.....	748
Bibliografía.....	751
Epílogo sobre el Premio internacional de Historia de Carlismo.....	769
<i>Luis Hernando de Larramendi</i>	
La Fundación: su fundador, D. Ignacio Hernando de Larramendi y Montiano.....	769
La figura de D. Luis Hernando de Larramendi Ruiz.....	770
El Premio Internacional de Historia del Carlismo «Luis Hernando de Larramendi».....	771
«Cuando la patria pelagra desaparecen los partidos» <i>El carlismo ante las crisis de Ultramar</i> de Víctor Javier Ibáñez Mancebo.....	772

AGRADECIMIENTOS

A Alexandra Wilhelmsen (University of Dallas), por brindarse generosamente a revisar este escrito, aportando su agudo y fundamental enfoque norteamericano. Asimismo, sus estudios sobre el sustrato de los realistas en el carlismo, continuando la senda marcada por don Federico Suárez, han sido claves para poder enmarcar la crisis de los virreinos. A Francisco Asín Remírez de Esparza (Universidad de Zaragoza) por sus sabios consejos y por dejarme bucear en sus extensas bibliotecas, sin más límites que compartir sobremesas inolvidables profundizando sobre el carlismo, la historia y la vida. A Fernando López del Amo (Universitat de Girona, Universidad Torcuato di Tella, Buenos Aires) por guiarme en los archivos americanos. A Víctor Sierra-Sesúmagá (Universidad de Deusto) y Pablo Larranz (Universidad de Navarra) por sus facilidades para acceder al archivo de Tirso de Olazábal. José Fermín Garralda (Universidad de Navarra) por su extrema generosidad al cederme muchas consultas del Archivo de Navarra. A Alfonso Bullón de Mendoza (Real Academia de la Historia, Madrid), Eduardo Martiré (Academia Nacional de Historia, Buenos Aires), Gustavo Placer (Academia de la Historia de Cuba, La Habana) y Juan Bosco Amores (Universidad del País Vasco, Vitoria) por atender puntual y magistralmente mis consultas. A Rodrigo Bueno (Universitat de Barcelona), Ignacio Hernández (Universidad de Valladolid) y Carlos García de Polavieja (Universidad San Pablo-CEU) por su desinteresada colaboración en la corrección de estilo y en la donación de materiales y referencias. A Ignacio Hoces (Congreso de los Diputados, Madrid) por sus consejos e interés por el buen desarrollo de esta obra, pese a su desbordante

agenda. A Carmen Jiménez, directora del Museo Cerralbo, Irene Galvañ y Diego Pacheco, bibliotecarios del Archivo de la institución, por las facilidades que me brindaron desde el inicio de la investigación. A Carlos Mirapeix, director general de El Capricho de Gaudí por su deferencia en rescatar las actividades carlistas de Máximo Díaz de Quijano. A Cristina Borràs de la Fundació Catalunya-América, por estar siempre al quite en la búsqueda de libros descatalogados e imposibles de conseguir. Al coronel Gonzalo Moreno, jefe del Servicio de Estudios Históricos de la Guardia Civil, al comandante Jesús Ladrón de Guevara, compañero de promoción de la UCLM y mejor amigo, al teniente de navío Alejandro Rodríguez, y a Jesús María Ruiz Vidondo (Universidad de Navarra) por su inestimable ayuda en los archivos militares. A los magníficos equipos técnicos de los archivos consultados y por supuesto a mi esposa María Teresa y a todos aquellos que a lo largo de este en ocasiones sinuoso camino han tenido palabras de aliento y apoyo.

ABREVIATURAS

AGA: Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Madrid.
AGI: Archivo General de Indias, Sevilla.
AGMM: Archivo General Militar de Madrid.
AGMS: Archivo General Militar de Segovia.
AGN: Archivo General de Navarra, Pamplona.
AHA: Archivo Histórico de la Armada, El Viso del Marqués, Ciudad Real.
AHN: Archivo Histórico Nacional, Madrid.
AMAE: Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.
AMC: Archivo del Museo Cerralbo, Madrid.
AMVA: Archivo Municipal de Valladolid.
AN: Archivo Naval, El Ferrol, La Coruña.
ANC: Archivo Nacional de la República de Cuba, La Habana.
FO: Foreign Office, Londres.
RAH: Real Academia de la Historia, Madrid.
RC: Real Cédula.
RD: Real Decreto.
RO: Real Orden.
SHM: Servicio Histórico Militar.

Por la diversidad de periódicos de época consultados y citados, el presente estudio ha optado por no utilizar abreviaturas de las cabeceras de la prensa, a excepción de los diarios parlamentarios. En la reproducción de los artículos de época sólo se han corregido las tildes de las conjunciones y monosílabos, respetándose los giros sintácticos y las flexiones verbales no tan comunes en el español actual. En las reproducciones de los textos en catalán se ha respetado por completo el original, distinto al estándar normativo de Fabra que se impuso a inicios del siglo xx.

Los *Diarios de Sesiones* de las instituciones parlamentarias españolas se mencionan con la indicación DSC para el Congreso, DSS para el Senado, DSCC

para las Cortes Constituyentes de 1869 y DSAN para el Diario de Sesiones de la Asamblea Nacional de 1873.

Por la reiteración con lo que a lo largo de todos los capítulos se cita la obra de Melchor Ferrer –que fue autor principal y exclusivo de la mayoría de los tomos–, Domingo Tejera y José F. Acedo Castilla, *Historia del Tradicionalismo Español*, Ediciones Trajano/Editorial Católica Española, Sevilla, 1941-1979, se usa la abreviatura HTE. La abreviatura se reproduce sin cursiva, concordando la misma con las de los archivos, indicando tomo y volumen, en su caso, de la obra.

La abreviatura *ibid.*, se usa para referirse tanto a libros como a cabeceras de prensa escrita y a archivos, especificándose a continuación la fecha de publicación o los códigos de clasificación.

PRÓLOGO

Víctor Javier Ibáñez ha escrito un libro muy original y con gran acopio de datos. Esta obra sobre el Carlismo y los territorios ultramarinos llena un vacío verdadero en el conocimiento de la historia del Tradicionalismo político español. La proliferación de estudios sobre el Carlismo en las últimas décadas ha demostrado que hay cierto interés en sus contactos con el exterior y en sus semejanzas con otros movimientos europeos que resistieron la imposición del Liberalismo que comenzó con la Revolución Francesa. Hasta ahora ha habido poca curiosidad por los nexos del Carlismo con Ultramar, con las islas en el Océano Atlántico y el Pacífico.

Las relaciones del legitimismo y los movimientos de independencia en lo que quedaba del Imperio español después de la pérdida de los grandes virreinos americanos también eran parte de la lucha entre las *Dos Españas* que empezó durante la época napoleónica. La tensión entre tradicionalistas y revolucionarios o progresistas en las islas de Ultramar databa de entonces.

Ibáñez ha hilvanado las circunstancias, las actividades, victorias y adversidades de los carlistas y ha examinado su postura política y el desarrollo de sus teorías. Ha encontrado a legitimistas en todos los sitios imaginables involucrados en la defensa del Imperio o dispuestos a entrar en acción. Les ha dejado expresarse por sí mismos sin filtros o recortes.

El libro dedica atención a Cuba. Su proceso de emancipación fue el más largo y era la provincia de Ultramar más rica. El autor repasa los cambios decimonónicos en la isla. Algunas de las materias son la inmigración de la Península Ibérica

y de las repúblicas hispanas nuevas, inversiones en la economía, desarrollo de la esclavitud, efectos de la jurisdicción especial para las colonias, poderío de los capitanes generales, tendencia de la masonería a secundar a los independentistas, y una red compleja de grupos políticos con aspiraciones distintas.

Los contactos del Carlismo con las islas del Océano Pacífico ocurrieron en el contexto de la inauguración del Canal de Suez en 1869 que acortaba el viaje largo entre el Oriente y Europa. Los primeros intentos de construir el Canal de Panamá en 1880 contribuyeron a convertir las islas del Pacífico en foco de atención y avidez internacional. La necesidad de aumentar la presencia española en Filipinas y otros archipiélagos poco poblados, de protegerlos, y de invertir en su desarrollo era obvia. El Carlismo enlazó con correligionarios y simpatizantes en Filipinas. Siempre atento a temas religiosos, apoyó al clero misionero. En las Cortes propugnó la búsqueda de aliados internacionales, preferiblemente Francia y Rusia. Cuando empezaron las guerrillas secesionistas respaldó a los poderes constituidos.

El mismo día que Isabel II salió de España, a fines de septiembre de 1868, el tercer Don Carlos, conocido como Carlos VII o Duque de Madrid, dedicó varios documentos a cuestiones de Ultramar. En 1875 reiteró su postura durante la Tercera Guerra Carlista y la Guerra de los Diez Años cubana. Ofreció una tregua a Alfonso XII para que todos los españoles se unieran a fin de defender la patria en el caso de que los Estados Unidos declarasen la guerra a España derivada de la situación de Cuba. Proclamó que «cuando la Patria pelagra desaparecen los partidos: sólo quedan españoles». La actitud carlista sería constante: apoyo al gobierno de turno para la defensa de las islas. Este patriotismo desinteresado colocó a los tradicionalistas en una situación difícil. Atribuían los deseos de independencia, en parte, a aspectos que el régimen liberal que Madrid fue introduciendo en el Imperio, a la inhabilidad de un gobierno tras otro de encararse a las necesidades de las islas y a la administración de funcionarios coloniales ineficaz o corrupta.

Uno de los temas más importantes de este libro es el respaldo del Carlismo al ejército que luchaba en Ultramar. Se hizo a pesar de que el ejército había sido un instrumento crucial en la implementación del Liberalismo en España, había luchado contra los tradicionalistas y llevado a cabo represalias duras contra ellos. El soporte incluía la empatía y el desvelo creciente del Carlismo por los combatientes y veteranos del Imperio y por sus familias.

Víctor Javier Ibáñez recuerda que diversos gobiernos y grupos políticos hicieron propuestas deslumbrantes a los miembros de la rama desterrada de la Familia Real Española. Eran ofertas de financiación y asistencia para sufragar una vida opulenta en el ostracismo, para llegar a Madrid, o para que un Borbón u otro fuera coronado rey de México. A cambio se les pedía alguna componenda política o la promesa de ceder algún territorio español. Los Borbones proscritos y empobrecidos en el extranjero se negaron a traficar con el futuro de la patria.

Los personajes en esta obra que abarca todos los continentes son variopintos y fascinantes. Por estas páginas pasan reyes y presidentes, príncipes y políti-

cos, diplomáticos y agentes secretos, nobles de alcurnia y patricios hacendados, banqueros, industriales, comerciantes, escritores o artesanos. Como en muchas historias del Carlismo, llaman la atención los obispos y frailes politizados. Hay burgueses enriquecidos y campesinos desplazados por los cambios sociopolíticos y métodos de producción nuevos. No faltan contrabandistas y corredores de armas que descargan conspiradores y material de guerra en las costas despobladas, casi infinitas, de España y el Imperio. Sin ser una obra de historia militar, abundan excombatientes, oficiales y soldados y marineros modestos.

Cada lector decidirá si le parece que los protagonistas del libro son los parlamentarios en Madrid, sus correligionarios que escribían para la prensa, o los peninsulares en las islas. Los discursos y debates en las Cortes, los folletos y artículos, y la correspondencia de Ultramar ayudan al lector a aproximarse al Carlismo y a apreciar su proyección internacional.

Conmueve el número de prisioneros y reclutas que Madrid envió a las Antillas. Entre los conscriptos proliferaban los que tenían antecedentes carlistas o eran sospechados de simpatías legitimistas. Si estos hombres sobrevivían los rigores del viaje y las enfermedades del trópico les esperaba una estancia larga y penosa, sin la certeza de que un día les repatriarían. Muchos languidecían en prisiones. Una muy conocida en La Habana estaba en la ciudadela, el impresionante Castillo del Morro. Había peninsulares destinados a colonias agrícolas nuevas donde se dedicaban a faenas de campo extenuantes con la amargura de que no eran pioneros labrando un futuro prometedor con sus familias. Algunos hombres hacían trabajos forzados en obras públicas encadenados en pandillas. Ibáñez relata, por ejemplo, como durante la Primera Guerra Carlista presos peninsulares contribuyeron a la expansión urbanística de la capital de Cuba. La mayoría de los hombres eran integrados en las fuerzas armadas que guarnecían las islas e intentaban sofocar las rebeliones separatistas. El autor indica que había tantos que en algunos momentos los capitanes generales de Cuba y Puerto Rico no querían aceptar más por no poder asimilarlos o por miedo a sus actividades subversivas entre las tropas. La sedición y los intentos de fuga solían ser castigados con fusilamientos sumarios.

Después de perder la Tercera Guerra Carlista en 1876 y de unos años de retraimiento de la vida pública, el colectivo legitimista se fue recuperando. Por el momento el Carlismo optó por prácticas pacíficas, propaganda y campañas de atracción, en vez de conflictos armados. Se popularizaron conferencias en círculos carlistas nuevos, banquetes políticos populares, y arengas en mítines multitudinarios. Las Cortes y la prensa jugaron papeles importantes.

La representación parlamentaria del Carlismo consistía en una minoría teñaz, disciplinada y hábil. Ibáñez ha estudiado su historia con cuidado y presenta aquí de forma sistemática la parte que atañe a Ultramar. Indica que sus propuestas de envergadura, como una ambiciosa estrategia naval, se basaban en estudios

minuciosos. Muestra las intervenciones de los carlistas en asuntos de la guerra en Cuba y demuestra que solían incluir razonamientos sólidos.

Los senadores y diputados legitimistas coordinaban sus quehaceres parlamentarios con el delegado personal de su Rey y los escritores principales del diario oficioso del movimiento. Los publicistas en otros sitios les seguían la pauta. Todos corrían riesgos. Por prudencia, muchos de los artículos se imprimían sin firma o con seudónimos. De cuando en cuando algún sector de la prensa carlista sufría cierre de rotativos, multas, procesos judiciales, y arrestos.

Ibáñez enseña cómo los portavoces carlistas del último tercio del siglo XIX no estaban estancados en el pasado. Los pensadores tradicionalistas llevaban más de medio siglo adaptando principios teóricos realistas a circunstancias nuevas. Para ellos la Tradición tenía vitalidad.

Cuando los carlistas analizaron el malestar de las islas hicieron algo parecido a lo que los realistas habían hecho al enfocarse en la Península Ibérica y repudiar el absolutismo y el despotismo ministerial de la Ilustración. El autor observa que replantearon la interpretación de las reformas borbónicas en el Imperio y se inspiraron en la Tradición española para esbozar alternativas. Propusieron adaptaciones de las Leyes de Indias y de instituciones tradicionales. Una era el virreinato, con un gobernador poderoso y una vertebración de cuerpos intermedios que frenaban posibles tendencias al despotismo.

Ibáñez muestra cómo los carlistas del último tercio del siglo XIX seguían oponiéndose al régimen liberal de partidos políticos, pero provisionalmente se movían con destreza en el sistema parlamentario. Los representantes buscaban transparencia en el gobierno, pedían explicaciones, exigían responsabilidades y rendición de cuentas.

Los legitimistas se expresaban a menudo sobre asuntos concretos pertinentes a la guerra en Cuba. Criticaron la financiación parcial de la guerra con créditos y préstamos de instituciones extranjeras. Ofrecieron ideas para que españoles acomodados contribuyesen a sufragar gastos con préstamos, impuestos sobre objetos de lujo y donaciones. Propusieron que ciertas armas se fabricaran en España en vez de que se importaran del extranjero. Tenían ideas sobre estrategia naval y aconsejaron reformas en la Armada. Uno era el establecimiento de una escuadra de guardacostas para las Antillas compuesta de lanchas pequeñas adecuadas para el litoral acantilado en vez de los buques grandes que el gobierno quería adquirir. Les preocupaba mucho el sistema de reclutamiento, que permitía a los pudientes eludir el servicio militar. Alegaron que era lamentable enviar a Ultramar a hombres con un nivel de instrucción técnica tan bajo que no sabían manejar las armas que recibían. Se interesaron por su paga, alimentación y ropa. Reclamaron los haberes para las familias de soldados muertos en el servicio de la patria.

La expansión y el desarrollo vertiginosos de los Estados Unidos en el siglo XIX llevaron a los norteamericanos y los hispanos de las Antillas a establecer lazos de interés mutuo. Los americanos buscaban bahías donde sus flotas mercantes

pudieran refugiarse de tormentas y huracanes y puertos para facilitar el comercio. La esclavitud en Cuba, Puerto Rico y en el sur de Estados Unidos también fue un factor antes de la abolición en los tres sitios. Con el paso de los años, algunas corporaciones americanas invirtieron mucho dinero y esfuerzo en modernizar y ampliar la industria azucarera. Los vínculos económicos de Cuba y Puerto Rico con los Estados Unidos sobrepasaban con creces los que tenían con la madre patria.

La victoria norteamericana en la Guerra Hispano-estadounidense de 1898 y sus secuelas en Filipinas revelaron una sorpresa para el pueblo americano. No esperaba que el país adquiriera casi de la noche a la mañana lo que, en efecto, era un imperio transoceánico. Tanto en Estados Unidos como en España la reacción al desenlace de las luchas llevó a introspección nacional. En América emergió un movimiento anti-imperialista y hubo debates encendidos por todo el país. En España, por mucho que el gobierno negase la gravedad de las circunstancias, los carlistas y algunos otros sectores de la población ya las habían examinado a fondo. En los años siguientes la reflexión se extendió a más habitantes de la Península Ibérica.

En la crisis finisecular hubo un vendaval de agitación, maniobras políticas, rumores y desmentidos. Desde Cuba le llegaron a Don Carlos a su residencia en Venecia muchas cartas privadas y clamores públicos declarando que su triunfo en la Península Ibérica sería lo único que salvaría la isla. Sin embargo, el Duque de Madrid no estaba seguro de que hubiese llegado la hora de lanzarse de nuevo al campo de batalla. Autorizó preparativos bélicos discretos y los carlistas intentaron atraerse a oficiales y otros excombatientes de Ultramar que volvían a casa. Los autógrafos y las entrevistas del reclamante se limitaron a dejar abierta la posibilidad de que el Carlismo actuaría con virilidad y repararía el honor nacional en caso de una debacle.

Desde comienzos de la tercera guerra independentista cubana en 1895 y las primeras guerrillas en Filipinas en 1896 los gobiernos en España esperaban un alzamiento carlista serio. Los ministros de la regencia de María Cristina de Austria temían que los legitimistas intentasen derrocar el régimen liberal cuando era más vulnerable. Pensaban que se aprovecharían del descontento popular y tendrían ayuda de elementos del ejército. Tomaron medidas preventivas.

Víctor Javier Ibáñez explica que Carlos VII no quería que el Carlismo sirviera de chivo expiatorio para los fracasos del Liberalismo y además consideraba la posibilidad de que el régimen se desintegrara por sus propios fracasos. Prohibió una y otra vez que los tradicionalistas cogieran las armas en su nombre. A principios de 1899, como protesta por el Desastre, ordenó la retirada de las Cortes de los representantes legitimistas, pero fue aplazando el levantamiento, lo que defraudó a muchos españoles. En octubre de 1900 algunos carlistas decepcionados se sublevaron por su cuenta. Partidas pequeñas aparecieron en Cataluña, Valencia y Jaén antes de que los literatos de la Generación del 98 o los políticos regeneracionistas se hicieran célebres por sus análisis de los problemas de España.

Protestaban contra la sangría de jóvenes en Ultramar, los caudales gastados, las derrotas bélicas, la inhabilidad del gobierno de negociar términos de rendición dignos, y el deterioro de la economía causado por la pérdida de las colonias. Los carlistas fueron sometidos con rapidez. La Octubrada no fue ese alzamiento de envergadura que se esperaba, pero fue una reacción viril simbólica.

«*Cuando la Patria peligra desaparecen los partidos*». *El Carlismo ante las crisis de Ultramar* abarca tanto que es un *tour de force*. Se centra en unos temas examinados con profundidad y los empalma con otros presentados someramente que sugieren vías nuevas de investigación futura. Desde Texas doy las gracias a Víctor Javier Ibáñez Mancebo por haberme invitado a escribir este prólogo y le envío mi enhorabuena entusiasta por un libro de historia espléndido.

Alexandra Wilhelmsen
Emerita Professor,
Spanish History
University of Dallas

motín de Arecibo. Este estado de cosas reforzó la posición del carlismo, presentándose como genuino representante de la oposición a las reformas, haciendo una llamada a todos los que compartiesen esa postura a contribuir al triunfo del Ejército carlista²²⁴.



«Las ligas de mi morena», *La Flaca*, 16-I-1873.

²²⁴ «Boletín del día. Todo fue broma», *La Esperanza*, 24-III-1873, p. 1.